

conocerse como “teatro del absurdo”, aunque sin perder contacto con la absurda realidad que pretendían y conseguían dejar de manifiesto. Para advertirlo basta con acompañar a José Ricardo Morales en el proceso seguido por su teatro y comprobar que tanto esos personajes acosados por la soledad y la incertidumbre como los ámbitos extraños concebidos por su imaginación son resultado de un tratamiento expresionista adecuado a las experiencias cotidianas que pretende resaltar: no en vano los problemas que desde los años sesenta sus obras plantearon y aún plantean con vigencia plena –aunque con ironía y humor que no dejan lugar para la solemnidad ni para el patetismo– tienen que ver frecuentemente con un presente histórico dominado por el totalitarismo terrorista del Estado, de la publicidad y de la tecnificación, o con un futuro inmediato condenado a culminar la deshumanización actual, tal vez con un final apocalíptico. En ese proceso no faltó el reencuentro con España, una experiencia que sus obras acusaron a partir de los años ochenta y que fue en gran medida la del peregrino en su patria. Fiel a su condición de intelectual, la de alguien en extrañamiento constante o inevitablemente inadaptado –a su pesar cuando descubre que su condición de desterrado se prolonga con el regreso, y siempre por voluntad propia frente a lo trivial y consabido–, José Ricardo Morales volvió a ser la conciencia vigilante que demuestran sus “españoladas”, aunque esa visión cáustica de su tierra de origen diste mucho de agotar la riqueza excepcional de sus últimas creaciones, que completan una de las aportaciones más relevantes entre las que el teatro hispánico contemporáneo ha podido ofrecer.

El segundo volumen de esas *Obras completas* no es menos valioso, pues permite abordar otra faceta de una producción de interés también fuera de lo común, dispersa hasta ahora en varios libros y en publicaciones diversas. José Ricardo Morales se refiere en algunos ensayos a su condición de desterrado, porque lo es, desde que llegara a Chile a bordo del *Winnipeg*, y porque en la España democrática ha sido requerido con frecuencia para hablar de temas relacionados con el exilio y el regreso, abordados a partir de su experiencia personal o aprovechando homenajes a quienes, como Vicente Llorens, compartieron el mismo destino. Desde luego, esas ocasiones, cuyos textos se encuentran en parte reunidos en la “Miscelánea” que cierra el volumen, dieron pie para el recuerdo y la condena de la sublevación militar de 1936 y de sus consecuencias, así como para el cuestionamiento y el rechazo de las “ideolatrías” políticas de todo tiempo y lugar, siempre en defensa de la libertad para el ejercicio del pensamiento. Pero José Ricardo Morales aprovechó también esas oportunidades para asegurar que la condición de desterrado nunca lo apartó de la actividad intelectual, cuyos resultados conforman hoy su excepcional contribución al enriquecimiento de la cultura hispánica. Era inevitable que volviese sobre el trabajo realizado en los primeros años de exilio, con su participación en las actividades de la Editorial Cruz del Sur creada en Santiago de Chile por Arturo Soria y Espinosa, una de tantas aportaciones de los exiliados españoles al desarrollo cultural de los países que los acogieron y a la difusión de la cultura española en América. José Ricardo Morales dirigió allí las colecciones «La Fuente Escondida», con diez volúmenes dedicados a rescatar poetas del XV al XVII, y «Divinas Palabras», para editar a los místicos, incluidos los heterodoxos. Merece mención especial la antología *Poetas en el destierro*, que preparó en 1943 para la colección «Raíz y Estrella» (dedicada a autores y temas españoles) de esa misma editorial, que en 1952 publicó su *Barbara fidele*, “un caso de conciencia llevado a la escena en un retablo de seis cuadros”.

En el ejercicio de la memoria que constituyen esas últimas páginas misceláneas y muchas de las que abren el volumen –las que conformaron el libro *Ensayos en suma. Del*

escritor, *el intelectual y sus mundos*, editado en 2000 –no podían faltar las referencias a la obra dramática de José Ricardo Morales, ni a su contribución al desarrollo del teatro en el país que acababa de acogerlo. Él fue quien, para el nacimiento del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, aportó las experiencias españolas de La Barraca y (sobre todo) de El Búho, grupo de la Universidad de Valencia en el que había trabajado bajo la dirección de Max Aub. Del repertorio de El Búho procedían *Ligazón*, de Valle-Inclán, y *La guarda cuidadosa*, de Cervantes, las obras montadas en Chile en la sesión inaugural del 22 de junio de 1941. José Ricardo Morales dirigió entonces *Ligazón*, y luego *Entremés del mancebo que casó con mujer brava*, adaptación de un cuento de *El conde Lucanor* realizada por Alejandro Casona, antes de alejarse del Teatro Experimental por un tiempo y luego, ya iniciados los años cincuenta, definitivamente. Insisto ahora en dar noticia de esa aportación porque con demasiada frecuencia ha sido olvidada por sus beneficiarios. Por lo demás, aunque a veces lo hacen con particular acierto –merece atención especial “El arte de enterarse (El destierro en el pensamiento de José Ferrater Mora)”, lograda evocación del filósofo y del amigo, así como de las experiencias compartidas–, los textos agrupados en *Ensayos en suma* no sólo se ocupan del pasado y del exilio, que recuperan en función del presente para reflexionar sobre la función del intelectual, sobre el significado de la disidencia del escritor o sobre la imposibilidad del regreso. Alguno, como “Tecnología y humanismo”, muestra las inquietudes ante la tecnificación deshumanizadora que también habían encontrado eco en *Hay una nube en su futuro* y otras piezas de teatro. Otros, como el dedicado a *Primero sueño*, el célebre poema de sor Juana Inés de la Cruz, demuestran una excepcional capacidad para pensar de otro modo temas muy trillados y encontrar sentidos no explorados aún.

Con intensidad mayor o menor, en los ensayos mencionados se manifiesta la formación del humanista que había empezado a brillar con *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)*, tesis que José Ricardo Morales defendió en 1942 en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, y de la que llegan a este segundo volumen de sus *Obras completas* fragmentos suficientes para comprobar su temprano interés por el arte y su capacidad para conjugar distintos campos de conocimiento. Esa capacidad se concretó de manera excelente en *Arquitectónica. Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*, obra que declara la concienzuda minuciosidad –no en vano desde 1946 había enseñado Historia del Arte en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile– con que había ido elaborando su visión de la historia de la arquitectura (o de las valoraciones que la arquitectura había recibido) desde el siglo XVIII, con su decidida predilección por el arte clásico, hasta considerar llegado el momento de exponer su propia propuesta. Ese libro se incluye aquí con los prólogos de sus tres ediciones previas –la primera apareció en Ediciones de la Universidad de Chile, en dos volúmenes (1966 y 1969), y la segunda en Concepción, Universidad del Bío-Bío (1984)–, y constituye una muestra excelente del pensar que hizo a José Ricardo Morales figurar entre los fundadores del pionero Centro de Estudios Humanísticos creado en 1964 en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de aquella universidad. El lector puede disfrutar de un análisis que conjuga la propensión habitual de su autor a indagar en los secretos del lenguaje, en busca de la máxima precisión expresiva, con un profundo conocimiento de la historia del arte y de las variadas manifestaciones del pensamiento que han ido conformando esa historia con el discurrir de los tiempos. La solvencia de Morales, plenamente demostrada, respalda la solidez de los planteamientos con que finalmente trató de ir más allá de las teorías formal, funcional y espacial de la arquitectura para desarrollar una propuesta capaz de

conjugar el saber teórico previo a la obra, pero orientado a la acción, con el saber ejecutivo que lleva a cabo esa obra, así como con el análisis de los resultados y con su valoración, tareas que conforman la crítica y la historia del arte. Eso teniendo siempre presente la especificidad de la arquitectura, que conjuga técnica y arte en su indistinción griega originaria sin que ello impida discernir el arte de la técnica: precisamente en el juego entre uno y la otra se sustenta la propuesta de José Ricardo Morales, orientada a percibir tanto la acción técnica sobre un entorno dado como a fomentar la contemplación artística de las consecuencias de esa acción; una propuesta sustentada en la significación profunda de la arquitectura desde sus orígenes hasta hoy, que tiene que ver con el hombre en procura de amparo o protección frente a los peligros circundantes y también en busca de la interiorización o intimidad que le permita afincarse en sus relaciones familiares y en los hábitos consiguientes, sin olvidar ese espacio interior y exterior a la vez que es la población o ciudad, donde el hombre se muestra y desarrolla otros tipos de relación que lo constituyen plenamente como ser humano.

Un profundo conocimiento de la cultura grecolatina se conjuga en José Ricardo Morales con otros no menores de arte, literatura y filosofía. Ese ejemplo perfecto de intelectual humanista –así lo define Manuel Aznar Soler en su introducción, con acierto indudable– había alcanzado en *Arquitectónica* una madurez plena que se prolongaría en *Mímesis dramática*, volumen publicado en 1992 con el subtítulo *La obra, el personaje, el autor, el intérprete*, que aún determina el orden de esos ensayos en las *Obras completas*. En ellos cabe encontrar estudios sobre la tragedia griega y lo que se ha de entender por catarsis (“De la tragedia: un mito de enlace y desenlace”), y sobre el teatro medieval francés y lo que en él significaron la burla y la risa (“Reminiscencias románicas en las farsas francesas del gótico”), donde se acusan muy positivamente las experiencias del hombre de teatro y además su insistente atención a la historia del arte. Especial interés ofrecen otros tan sugestivos como “¿Tres Celestinas en el Museo del Prado?”, donde las pinturas *Vieja mesándose los cabellos*, de Quentin Metsis, *Vieja usurera*, de José de Ribera, y *Dos mujeres y un hombre*, de Goya, entran en relación con la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, objeto de una adaptación que el joven José Ricardo Morales realizó en 1949 para Margarita Xirgu –en octubre de ese año la gran actriz la representó en Montevideo con la Comedia Nacional el Uruguay, y en noviembre él mismo dirigió un montaje diferente de la obra con el Teatro Experimental de la Universidad de Chile –y que habría de recordar pasados más de cuarenta años, ocasión para introducir en esa misma órbita *La lectura*, otra de las “pinturas negras” de Goya. Pintura y literatura establecen una estrecha conexión en esos ensayos, que comparten con la mayoría de los demás la voluntad y el acierto de hacer del teatro y de los dramaturgos el eje o centro en el que confluyen saberes diversos y reflexiones que atañen a cuestiones plenamente vigentes en nuestro tiempo.

En ese segundo volumen de las *Obras completas* ocupan también un lugar central los apartados *Cervantinas y otras páginas* y *Estilo, pintura y palabra*, correspondientes a volúmenes editados respectivamente en 2006 y 1994. Los ensayos del primero se ocupan preferentemente, como cabría esperar, del *Quijote* y de Cervantes, objetos preferentes de la atención de José Ricardo Morales aquí y en otras ocasiones. Los del segundo son nuevas y excelentes muestras de esa conjunción de saberes característica del autor, que ahora se ocupa de la aparición de la idea de estilo en el ámbito de la retórica tradicional, de la deriva posterior de esa idea hacia los campos de la literatura y de las artes plásticas, de su crisis actual y de su relación con los conceptos de tiempo y de época, ocasión para analizar también las razones que justifican la historia del arte. Especial atención mere-

cen otros esfuerzos para enriquecer los vínculos entre la literatura y la pintura: “Velázquez y *La Celestina*. Una Venus que no es tal”, en *Cervantinas y otras páginas*, señala nuevas consecuencias iconográficas de la *Tragicomedia* de Fernando de Rojas, que vuelve a adquirir protagonismo en otro y esta vez completo análisis de las “pinturas negras” de Goya incluido en *Estilo, pintura y palabra*, donde además se relacionan esas pinturas con la posible lectura de Hesíodo y del caos que en su *Teogonía* asignó a la noche de los tiempos u origen del universo. Como puede advertirse, los hallazgos no solo se refieren a la pintura y a la literatura en España: bien lo prueban el análisis y la interpretación de *La tempestad* de Giorgione en función del mito de Dionysos tal como aparecía desarrollado en *Las bacantes*, la tragedia de Eurípides que en 1503 había sido publicada en Venecia en la imprenta de Aldo Manuzio. José Ricardo Morales no impone sus interpretaciones: las propone, confirmando con esa actitud la propia del humanista que muestra de continuo en sus saberes múltiples y en su incansable y libre ejercicio del pensamiento.

En algunas de las muchas páginas de este segundo volumen se insiste en que las palabras dicen de aquello a lo que aluden, pero sobre todo dicen de sí mismas, pues llevan consigo la impronta de la historia que han desarrollado, conformada por las acepciones adoptadas a partir del sentido de la raíz en la que se originaron. Cabe concluir que esa actitud de José Ricardo Morales guarda relación, al menos en sus primeros años de exilio, con la condición del desterrado, que busca en el idioma un territorio en el que arraigarse. Pero lo que importa son los resultados, y lo cierto es que hasta sus ensayos llega la riqueza verbal que es una de las características de su teatro, ocasión allí para frecuentes juegos de palabras y asociaciones imprevistas o tan previsibles que dejan de manifiesto la incomunicación de la comunicación, a veces para el ejercicio de un humor inteligente y cáustico. Su prosa es la de quien ha dedicado mucho tiempo a indagar en los secretos del lenguaje, en la raíz de la que derivan las modalidades y la significación de los vocablos, que se usan con una precisión implacable, atenta tanto a la etimología como a su exacta significación final. Estos ensayos, en suma, muestran por entero a alguien que es, además del intelectual humanista que acreditan su pensamiento y sus conocimientos, un excepcional escritor.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Rosa Navarro Durán. *Gerardo Diego y la «Fábula de Alfeo y Aretusa» de Pedro Soto de Rojas*. Santander. Fundación Gerardo Diego. 2013.

El libro que nos ofrece la Fundación Gerardo Diego relata un desconocido episodio de una de las aventuras culturales más fructíferas del siglo XX español: la recuperación y actualización del cultismo literario del Barroco por los jóvenes poetas que hemos agrupado bajo el rótulo de Generación del 27.

Esta materia se trató como primicia en un extenso y documentado artículo que vio la luz en estas mismas páginas del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* en 2012 con el título de «Un poema inédito de Pedro Soto de Rojas: la *Fábula de Alfeo y Aretusa*». Ahora, algunos de los temas y problemas de aquel estudio se retoman, se ensanchan e incorporan nuevos horizontes hasta adquirir las dimensiones propias de un volumen independiente.

El capítulo en cuestión a que aludí al empezar esta reseña se inicia a fines de 1919, cuando un joven Gerardo Diego encuentra en la Biblioteca Menéndez Pelayo de